



HISTORIA DE LA CIVILIZACION DE ARAUCANÍA



(Continuacion)

Don Garcia Hurtado de Mendoza estaba todavía en la edad de la juventud cuando vino a dirigir los negocios i la guerra de la colonia: apenas contaba veintiun años i unos cuantos meses.

Habia nacido en Cuenca en 1535 i pertenecia a la mas alta aristocracia de la península. De uno de los viejos Hurtado de Mendoza dice un cronista que fué «el caballero mejor heredado que hubo en Castilla» (1). El oríjen de esta esclarecida familia, se cuenta que remontaba a los compañeros de don Pelayo. Otro escritor antiguo asegura que «la baronía recta i lejitima de los de Mendoza, es de los señores de Viscaya, i de ellos la sacaron los mas Nobiliarios, i es cosa mui asentada» (2).

Una série numerosa de sus parientes habia desempeñado importantes cargos civiles i militares, o dado lustre al apellido con sus producciones literarias.

Don Garcia heredó con el tiempo el título de marques de Cañete, que poseía su padre.

(1) PEREZ DE GUZMAN, *Jeneraciones*.

(2) JUAN DE ZABALETA, *El dia de fiesta en Madrid*.

En el castillo de la familia obtuvo una educación que no puede llamarse esmerada ni entera. Desde los Reyes Católicos la nobleza comenzó a dar cierta importancia al cultivo intelectual, que se había descuidado en la edad media, porque las luchas intestinas i la guerra contra los moros absorbían toda la actividad social. Pero esta enseñanza sobre ser deficiente, abstracta i grave, carecía de base científica, por razón de la época. En la educación moral del estudiante entraban en cambio el sentimiento relijioso exajerado, el fetiquismo real i todo el cortejo de preocupaciones de casta de una clase procaz, soberbia, apegada a los viejos pergaminos i privilejios, que sentía profunda aversion a los otros estados de la sociedad.

A pesar de tan limitados conocimientos i corta edad, tenía la educación de los campamentos, la esperiencia que se adquiere en la escuela práctica de la guerra.

A los diecisiete años se fugó de la casa paterna i se incorporó a una expedición destinada a combatir a los franceses en la isla de Córcega (1552). De aquí pasó a Siena, ciudad libre de Toscana que se había puesto bajo la protección del imperio de Carlos V, i que se sublevó por las arbitrariedades del jefe de la guarnición española, don Diego Hurtado de Mendoza. Esta guerra duró hasta 1555, i en ella fueron vencidos los sieneses i un cuerpo auxiliar frances. En el sitio de la ciudad rebelada se distinguió el jóven don García, el cual recibió luego la arriesgada i honrosa comision de llevar a Bruselas al emperador el parte de estas campañas (1).

El monarca gratificó el servicio i el valor de don García con una cantidad de dinero i lo incorporó al ejército imperial. Asistió por lo tanto a la reñida batalla de Renti, en la provincia de Artois de los Países Bajos, peleada en 1554 entre españoles i alemanes por un lado i franceses por el otro.

Nombre de capitán valeroso i entendido iba adquiriendo en estas guerras cuando supo que su padre había sido nombrado virrei del Perú. Se presentó a él para rogarle lo llevara a los países ricos i maravillosos del Nuevo Mundo. Las recientes glorias del hijo apagaron el enojo i el orgullo del padre.

(1) LAFUENTE, *Historia General de España*, tomo II, pág. 578.

Aun cuando una enfermedad lo había postrado en la víspera de su salida al Perú, se embarcó en una de las naves que conduciría al virrei i formaba parte de una flota que salió de San Lúcar de Barrameda en octubre de 1555.

Al nombrarlo gobernador, el marques estaba seguro de que su discrecion i sus prendas de caballero nobilísimo enderezarian los perturbados negocios de Chile i dejarían bien puesto el nombre de la familia.

Con este fin le trazó un plan que debía servirle de línea de conducta durante su gobierno.

En él entraba en primer término la prision de los rivales Aguirre i Villagran.

Así es que, la primera medida que tomó al llegar a Coquimbo fué remitir a Aguirre una carta del virrei, que contenía una recomendacion a favor del mismo don Garcia.

Trasladóse sin dilacion Aguirre a bordo en unas balsas de cueros de lobo. Se le recibió con salvas de artillería i con los acordes de la primera música militar que llegaba a Chile.

El gobernador lo saludó con frases de mentida deferencia i lo interrogó acerca de los negocios públicos de mas reconocida importancia.

En seguida desembarcó una parte de su jente i se dirigió a la Serena. Penetró a la ciudad en medio del aparato con que se festejaba la llegada de estos funcionarios. Aguirre, a pié, condujo de la brida el caballo de Hurtado hasta las puertas de la iglesia, donde se iba a celebrar la acostumbrada ceremonia religiosa de estos casos.

El mismo Aguirre lo hospedó en su casa con la ostencion que merecía un señor tan poderoso; mas, no debían librarlo sus atenciones de un próximo vejámen.

Reconocido el gobernador sin tropiezo alguno por el cabildo i con su fuerza en tierra, abandonó su política cortesana del principio i ordenó la prision de su amable hospedador.

Efectuóse esta orden en momentos en que don Garcia daba un paseo por los alrededores de la ciudad. Habiéndose entregado el meritorio jeneral sin resistencia, fué conducido al puerto i encerrado en uno de los buques (abril de 1557).

Despachó al mismo tiempo para Santiago a un capitán de

su confianza, don Juan Remon, i treinta soldados, con instrucciones de tomar posesion del mando en su nombre i de proceder con toda enerjía i presteza.

Entró el oficial una mañana a la sosegada ciudad en actitud de combate, sus soldados montados i con las mechas de los arcabuces encendidas. Fuése a detener a la puerta de la casa de Villagran, en ese instante en misa.

Acudió el correjidor, abrióse el Cabildo i los vecinos alarmados con tal estrépito, corrieron a imponerse de lo que sucedía. Penetra Remon a la sala de sesiones con veinte arcabuceros listos para disparar, hace reconocer al nuevo gobernador Hurtado de Mendoza i a su segundo Pedro de Mesa i aprisiona en el mismo dia a Villagran, quién manifiesta humildemente su sorpresa por tan inusitado rigor i lujo de autoridad.

Conducido a Valparaiso, se le trasladó en el acto a Coquimbo, donde se le colocó en el mismo buque en que estaba preso Aguirre. Se cuenta que al verse los dos rivales, deponiendo pasados odios, se abrazaron conmovidos, i que Villagran dijo a Aguirre: «Mire vuesa merced, señor jeneral, lo que son las cosas del mundo, que ayer no cabíamos los dos en un reino tan grande, i hoy nos hace caber don Garcia en una tabla» (1).

Una corriente de simpatía se produjo a favor de ámbos entre los capitanes del gobernador. Don Pedro de Lisperguer, prestijioso aleman que venia en la espedicion, se atrevió a interceder por los jenerales aprisionados. El altivo magnate envió a los presos con este mismo caballero al Perú i le prohibió regresar a Chile.

Se estrenaba mal el gobernador, i sobre todo dejaba ver que los puntos salientes de su carácter eran la arrogancia como individuo i la arbitrariedad como mandatario.

Como en la política del virrei entraba únicamente quitar a su hijo el estorbo de estos dos pretendientes, una vez que llegaron a Lima los dejó en libertad i hasta les dispensó alguna proteccion para que pudiesen vivir con cierta decencia (2).

El activo defensor del sur Pedro de Villagran, se había reti-

(1) MARIÑO DE LOBERA, capítulo II.

(2) BARROS ARANA, tomo II, pág. 113.

rado tambien poco ántes al Perú, temiendo acaso que los vínculos de parentesco que lo ligaban a don Francisco lo hicieran víctima de algun atropello.

El gobernador se entregó de lleno despues a activar los preparativos de guerra contra los araucanos. Despachó por tierra a dos de sus capitanes con la caballeria i una seccion de infanteria. Estos mismos oficiales llevaban encargo de notificar a los encomenderos para que concurriesen todos a la formacion de un cuerpo militar que serviria en la guerra de Arauco.

Cerca de trescientos hombres se reunieron a virtud de este mandato, entre los cuales se contaba Rodrigo de Quiroga, i partieron al sur, aun cuando todavia se hallaba en la estacion de las lluvias, tan inadecuada entónces para esta clase de marchas.

Se obligó ademas a los encomenderos i los comerciantes de Santiago a que entregaran provisiones, caballos i algunas cantidades en oro para los gastos de la guerra.

Antes de salir de la Serena, puso de manifiesto en algunos de sus actos la devocion ilimitada i el autoritarismo que lo dominaban. Mandó que los oficiales reales entregaran la administracion del tesoro a su capitan Jerónimo de Villegas, i a uno de ellos lo confinó al Perú, probablemente por haber hecho algunas observaciones relativas a su oficio.

Materia delicada era disponer de los caudales del rei, de los que vijilaban i respondian los tesoreros. El sistema de ordenanzas i precauciones que rejian al respecto, eran minuciosas i severas.

En ciertas instrucciones dadas por la corte a uno de estos empleados, en 1553, se lee la que sigue: "Porque en la hazienda de S. M. haya buen recaudo, el que conviene, vos mando que todo el oro i plata i piedras i perlas i aljófar que hubieren i cobraren por vos i por los otros Oficiales de la dicha provincia i estuvieren en vuestro poder i dellos, así de los quintos reales i derechos de almoraxifazgo i deudas, como en otra qualquier manera que pertenezcan a S. M., se ponga en el arca de las tres llaves diferentes que en la dicha provincia hay para tener las cosas de la hacienda real, la una de las cuales tiene el tesorero y la otra el contador de la dicha provincia y la otra habeis de tener

vos por manera que no ande cosa alguna fuera de la dicha arca y en ello haya todo buen recaudo y no se pueda sacar cosa alguna della si no fuere por todos tres, porque haciéndose así, se excusarán los fraudes e inconvenientes que de lo contrario se podrían recrecer, lo cual os mando que así hagáis y cumpláis y guardéis vos y los otros Oficiales de la dicha provincia, so pena de perdimiento de vuestros oficios y de todos vuestros bienes para la nuestra cámara y fisco, en las cuales dichas penas, lo contrario haciendo, vos condenamos é habemos por condenado» (1).

Nada detuvo, pues, a Hurtado de Mendoza para cambiar el personal de tesorería i disponer de los fondos reales.

No ménos riguroso se manifestaba con las personas de su séquito en actos mas privados i nimios. Un día un caballero llamado Gonzalo Guiral intentó penetrar a la cuadra o salon del gobernador sin prévio anuncio, como éste lo tenia ordenado. Un muchacho que servia de paje le impidió la entrada, por lo cual el caballero Guiral le dió una bofetada i entró violentamente. Don Garcia mandó que por el desacato le clavasen la mano en un lugar público. A pesar de los ruegos de perdon que se le hicieron, la sentencia se ejecutó de la manera acostumbrada, es decir, en la plaza principal el verdugo clavó en el rollo la mano del delincuente, que permaneció así un buen rato a la espectacion pública.

Desde que se instaló en la ciudad, no descuidó las prácticas religiosas. Hizo que se pusiese el Sacramento en la iglesia mayor i dispuso que, en un día del mes de junio, saliera en procesion por la plaza. Asistió a la ceremonia con una guardia de infantes i de caballería, lacayos, pajes i una banda de pífanos, tambores, trompetas i chirimias, instrumentos semejantes al clarinete. En un momento dado, él se adelantó al acompañamiento i, colocándose debajo de un arco erijido para la fiesta, se tendió en el suelo para que pasara el sacerdote que llevaba la hostia por encima de él (2).

(1) *Instrucciones a Rodrigo de Vega Sarmiento*, Coleccion de documentos inéditos por J. T. MEDINA, tomo XIII, páj. 432.

(2) MARIÑO DE LOBERA, cap. II.

Después de separar de sus tropas cien hombres que destinó para la provincia de Tucuman, se embarcó en dos buques con el resto de la fuerza e hizo rumbo a Concepcion.

Durante la travesía los vientos del noroeste desencadenaron una furiosa tempestad que puso en peligro de hacer zozobrar las naves; lo que habria sucedido si no hubiesen estado manejadas por pilotos acreditados en la navegacion de estos mares, como Hernan Gallego. La escuadrilla, averiada, casi inútil, recaló al fin a la isla de la Quiriquina, en la bahía de Talcahuano.

Ordenó don García que se hiciera con toda presteza el desembarco, al que quisieron oponerse los isleños al principio, pero desistieron de su intento al ver tan gran número de españoles.

Impidió que los persiguieran, i para atraérselos con dádivas i caricias, dió orden que se les repartiesen víveres, ropas i baratijas; pues creía que un trato mas humano i la relijion conseguirían lo que hasta entónces no habian podido conseguir la espada i el rigor. Hasta los indios del continente pasaron a la isla a recibir estos regalos i a imponerse del arribo de los castellanos.

Como éstos no podian abrir la campaña inmediatamente, armaron aquí una ranchería donde se refugiaron durante dos meses sufriendo la escasez consiguiente. La isla era poco arbolada, i la falta de combustible habia hecho difícil su ocupacion por mucho tiempo. Afortunadamente encontraron sobre la superficie del suelo abundante carbon de piedra (1).

Era lignita de la que hai en las islas de estas latitudes i en las hoyas del Biobio i del Imperial. Los indios del continente nunca la utilizaron ni la utilizan al presente, tal vez porque no la necesitan i en especial por una supersticion que les ha impedido en todo tiempo dedicarse al laboreo de minas. Creen que cuanto está debajo de la tierra pertenece a Pillan i que es invadir los terrenos de esta deidad tomar lo que ahí existe (2).

(1) MARIÑO DE LOBERA, libro II, capitulo II.

(2) Un cacique de la subdelegacion de Lautaro, se negó redondamente en 1899 a que el industrial de Temuco don Osvaldo Bustos explotara un manto de carbon de piedra que habia en su propiedad. Inútiles fueron las

Los dos buques anclados en la bahía i otro que habia venido de Valparaiso con provisiones, practicaron un reconocimiento a las costas vecinas, despues del cual dispuso el gobernador el desembarco de ciento treinta hombres, en los últimos dias de agosto.

El real se estableció en una loma inmediata al paraje en que estuvo la ciudad de Concepcion.

Sin demora alguna, se principiaron los trabajos de fortificacion.

Los indios no tomaban las armas; ántes bien, se presentaban como amigos a recibir los regalos que les repartia el gobernador.

Pero esto despertó en ellos la idea del botin i la mui lójica de espulsar nuevamente a los españoles de su territorio. Abandonaron sus trabajos de siembra i se convocaron en junta, mandados por el toqui jeneral Caupolican o Queupolican (1).

Era este cacique de Pilmaiquen, comarca feraz entre serranías selvosas, al noroeste de Cañete, que atraviesa el riachuelo del mismo nombre.

Este guerrero se habia formado en las campañas anteriores, pero sin adquirir todavia la fama que mas tarde le dió tanta celebridad.

El 7 de septiembre se presentaron delante del fuerte en numerosa cantidad i lo atacaron con su acostumbrada resolucion.

Al comenzar la batalla recibió el mismo gobernador una rechia pedrada en una sien, que lo derribó desatentado i habria

súplicas i los halagos, a que contestaba siempre: «no nos metamos en terrenos ajenos». Para que aceptara, hubo que convencerlo de que el carbon de piedra eran árboles que una capa de tierra habia ocultado i que no pertenecia a los metales de Pillan, ocultos a mayor profundidad.

(1) *Queupolican*, quiere decir *queupu* de *lican*: el primer término significa una punta de piedra que servia a los antiguos indios de sangrador i para las flechas, de ágata negra, i con el segundo designaban una clase particular de piedra blanca, que los *machis* usaban como talisman. *Caupolican* fué nombre adoptado por Ercilla.

sido de peores consecuencias si no es por la celada que le protejía la cabeza.

Por el espacio de seis horas los indios sostuvieron el ataque, durante el cual lograron penetrar al recinto del fuerte i poner en gravísimo aprieto a un refuerzo que vino de los buques i de la isla. Diezmados por el fuego de los arcabuces i principalmente por el de los cañones, que disparaban casi a quemarropa, cedieron el campo, dejando alrededor del fuerte montones de muertos i heridos.

La falta de caballería impidió completar la victoria de los españoles con la persecucion del enemigo.

La táctica prudente i mesurada de don García contribuyó en buena parte al éxito de la jornada, que costó a los castellanos un muerto i muchos heridos (1).

Los araucanos parecieron sosegar-se despues de esta derrota, aunque continuaron acechando de cerca el campamento español.

Reparáronse los deterioros del fuerte i redoblóse la vijilancia, que atendia personalmente el gobernador. Cualquier descuido de este servicio lo castigaba con su jenial severidad: en una ocasion hirió gravemente con su propia espada a un centinela que halló dormido en su puesto.

No aguardaba sino la llegada del refuerzo del norte para emprender la marcha al sur. El retardo de esta division, ocasionado por las lluvias de un invierno riguroso, lo tenia exasperado contra su jefe principal el capitan Juan Remon, a quien pensaba deponer de su grado.

Habiendo llegado al cabo toda esta fuerza con estraordinario regocijo de los del fuerte, los indios se retiraron i Hurtado de Mendoza depuso su enojo contra su maestre de campo, debido a la mediacion de otros capitanes que le esplicaron la causa del atraso.

No quiso partir sin tomar otras medidas de importancia. Despachó al aguerrido capitan Francisco de Ulloa en busca de un destacamento auxiliar a Imperial i al piloto Juan Ladrille-

(1) Ercilla narra esta batalla con gran acopio de pormenores i episodios poéticos mas que históricos, tal como el de la india Teguvalda.

ros con dos navíos, un bergantín i los soldados necesarios a reconocer i ocupar la rejion vecina al estrecho de Magallanes, empresa feliz que inmortalizó el nombre de este célebre marino (1).

Movió en seguida su campo i atravesó el Biobio, no sin tomar ántes las precauciones del caso i experimentar una demora de varios dias. El 7 de noviembre de 1557 tuvo en la ribera opuesta la fuerza mas numerosa que habia pisado el suelo araucano: 600 hombres, 1,000 caballos, 4,000 indios auxiliares, una cantidad crecida de cerdos, provisiones i material de guerra i 50 hombres venidos de Imperial.

El mismo dia emprendió la marcha el ejército con grande aparato bélico. Iba a la vanguardia una columna de cincuenta exploradores. A continuacion seguian los capellanes, doce entre clérigos i frailes, que llevaban una cruz como en procesion. Uno, el licenciado Vallejo de la catedral de Chárkas, era el confesor de don Garcia. En pos de los sacerdotes marchaba el jeneral con su escolta i por último el grueso de las tropas, militarmente divididas. El estandarte real iba al centro, conducido por un alférez jeneral i el teniente gobernador Santillan. Ademas, todas las compañías llevaban su bandera particular, a cargo del alférez, segundo en el honor i en el mando, siendo el primero el capitán.

Los ensoberbecidos araucanos estaban mui ajenos a dejarse amedrentar por este despliégue lujoso de soldados, armas i armaduras. Burlados en el paso del Biobio, se corrieron hácia el poniente para salir al encuentro de sus enemigos.

El ejército español, que habia avanzado bien poco, hizo alto a inmediacion de la costa, en un llano poblado de algunos árboles i donde existian algunas pequeñas lagunas que han dado a ese sitio el nombre de Lagunillas, distante de siete a ocho kilómetros de San Pedro de Biobio i dieciseis al norte del pueblo de Coronel.

Luego se advirtió en el real castellano que los bárbaros acampaban en las cercanías. Dos soldados españoles que se habian separado de las filas a recojer frutillas fueron sorpren-

(1) BARROS ARANA, tomo II, páj. 131.

didos: uno pereció a manos de los indios i el otro huyó a llevar la alarma al campamento.

El terrible Reinoso salió con veinte jinetes de avanzada. Una legua habria andado cuando se vió acometido por un cuerpo numeroso de indios. Emprendió la retirada i, embarazado por los pantanos del camino, fué sufriendo la persecucion de los araucanos, que le mataron un hombre.

Turbado el ejército, formó con suma presteza. El jeneral destacó otros treinta soldados de caballería, a las órdenes de Remon, en auxilio de Reinoso. Tan pronto como estos últimos avistaron a los indios, un soldado andaluz, hombre de armas tomar, llamado Hernan Pérez de Quezada, salió de las filas i preguntó a su jefe: "¡Ah! señor maestre de campo, ¿a qué hemos venido aqui?" Buena está la pregunta, respondió el interrogado, ¿a qué habíamos de venir sino a pelear? Pues, entonces, replicó el soldado en un arranque de arrebato, ¡Santiago, i a ellos!" Las dos compañías embistieron con el ímpetu ordinario i arrollaron cuanto tenian delante. En la persecucion llegaron hasta el grueso del ejército araucano i retrocedieron. De perseguidores se convirtieron en perseguidos: muchos fueron gravemente heridos, entre ellos Hernan Pérez, que habia comprometido el resultado del combate.

Entretanto, arde en deseos de tomar parte en la refriega el gobernador i con tal intencion monta a caballo; mas, algunos soldados i sobre todo los frailes se lo impiden tomándose de las bridas de su cabalgadura. Se contenta entonces con despachar otros cien jinetes al mando de los capitanes Rodrigo de Quiroga i Pedro del Castillo.

Los bárbaros se multiplicaban i engrcidos con su momentáneo triunfo, llegaron hasta estrellarse con el ejército formado en línea de batalla. Recibidos en las puntas de las picas i con el fuego de los arcabuces i cañones, retrocedieron i se refujieron en una laguna cercana, donde se trabó con la infantería, que peleaba con el agua i el barro hasta la cintura, un reñido reencuentro.

Al fin huyeron los araucanos, sin que se les persiguiera mucho trecho por lo avanzado de la hora i lo peligroso del terreno.

Los españoles tuvieron un soldado muerto i un crecido número de heridos. Los araucanos en cambio espermentaron bajas enormes i dejaron en poder de sus enemigos algunos prisioneros.

A uno de éstos, a quien Ercilla denomina Galvarino, don Garcia le hizo aplicar uno de esos castigos que tan aborrecible i execrable hacian para los indios el nombre español: mandó que le cortasen las dos manos i lo pusiesen en libertad para que fuera a servir de escarmiento a los suyos (1).

No satisfizo al jóven jeneral el modo como los viejos militares se habian manejado en las distintas peripecias de la batalla, i los trató a todos de ignorantes en materia de guerra, petulancia que aminoró el entusiasmo de sus mejores oficiales.

El ejército siguió su marcha en direccion al sur. Llegó a Andalican, donde se destruyó sin resistencia un fuerte indijena; atravesó la fatídica cuesta de Marihuenu i continuó hasta Laruquete i Arauco, donde dos buques salidos de Concepcion lo proveyeron de víveres, i de aquí, sosteniendo escaramuzas i evitando emboscadas, llegó al paraje llamado Millarapue, a doce kilómetros al suroeste de aquel puerto, el 29 de noviembre.

El toque de diana, que diariamente precedia a la misa, fué contestado por el sonido de los cuernos de los indios, que venian de trasnochada a sorprender a los españoles. En número de ocho a diez mil se presentaron por tres puntos distintos, mandados por Caupolican, su guerrero mas formidable de esta época. En un caballo blanco i vestido de una capa de grana, dirijia en persona una de estas divisiones.

La batalla se inició por los dos flancos de la línea española, que se habia formado con oportunidad. Esta funcion de armas tuvo los mismos colores i el mismo fin de todas las de este período del gobernador Hurtado: gruesas partidas de indios desnudos, armados de flechas, macanas, hondas i palos arrojadizos que se renuevan en la pelea; compañías de infantes i artilleros que disparan sus armas a corta distancia i de jinetes resguardados de armaduras invulnerables, que hieren, matan o empu-

(1) MARIÑO DE LOBERA, libro II, cap. III. GÓNGORA MARMOLEJO, cap. XXV.

jan a los bárbaros i los acuchillan sin piedad en su fuga. Muchos de los primeros, muertos; pocos o ninguno entre los segundos.

Multitud de prisioneros tomaron los soldados castellanos en esta jornada. Don García hizo elejir de veinte a treinta que parecían cabecillas i mandó ahorcarlos en los árboles del campamento. Entre ellos estaba el indio Galvarino, quien, aunque mutilado, había vuelto a la pelea.

Los araucanos huyeron a los bosques impenetrables de la cordillera de la costa i se negaron obstinadamente a celebrar la paz, llegando la ira de Caupolicán hasta mandar a don García un reto de duelo personal.

El gobernador, no solamente animado del profundo sentimiento relijioso de su época, sino hasta de un ascetismo exagerado, poco en armonía con su crueldad sanguinaria, celebró una fiesta relijiosa con los clérigos que lo acompañaban por sus victorias, aparte de otras muchas que había tenido en el camino.

Siguió caminando al sur sin hallar enemigos a su paso, i en tres jornadas llegó al sitio en que se había librado la batalla de Tucapel i donde los espedicionarios se entregaron a los dolorosos recuerdos que el lugar despertaba a su memoria. Ahí mismo, sobre los fosos del antiguo fuerte, dispuso que se construyera otro, el cual, trabajado con increíble celeridad, quedó concluido en tres días.

Desde aquí salían partidas de jinetes a desbaratar las juntas de guerra o borracheras de los araucanos. En dos sitios, Cayucupil i Paicaví, ocurrieron con este motivo combates violentos en que los españoles, como siempre, libraban sin perder un solo hombre.

En el último de estos encuentros se distinguió Rodrigo de Quiroga, quien, a la cabeza de cuarenta soldados de caballería, penetró en una quebrada. A su regreso, se encontró con que los indios le habían cerrado el único camino de salida. Cercado por todas partes, en riesgo de sufrir una derrota, se abrió al cabo paso por entre las densas columnas de enemigos; hecho de armas que le valió la felicitación del retraído i petulante gobernador.

La inventiva de los bárbaros, fecunda en ardides de guerra, los hizo discurrir en estos encuentros un medio para resguardarse del fuego de la infantería: «traían en este tiempo, dice un cronista, para defenderse de los arcabuces unos tabloncillos tan anchos como un paves, i de grosor de cuatro dedos» (1).

Don García no dudaba de la próxima pacificación de Arauco, i, bajo esta persuasión, se propuso repoblar las ciudades arrasadas por los indios i aun fundar las que su plan de colonización hiciera necesarias.

Con este último propósito, a principios de enero de 1558, echó las bases de una ciudad que denominó Cañete de la Frontera, por referencia al título de marqués del mismo nombre que poseía su padre i de una plaza fuerte situada en los dominios de su familia, un poco al oriente de Cuenca. La estableció a inmediaciones del fuerte, frente al cerro de Peleco i al sur del río que los indígenas llamaban Togoltogol (2).

Coincidió con el establecimiento de esta nueva aldea, la repoblación de Concepción, confiada al capitán Jerónimo de Villegas. Haciendo un rodeo para evitar una sorpresa en la cuesta de Marihuenu, llegó al punto que ocupó la antigua ciudad, con ciento cincuenta hombres, i comenzó a formar la nueva población al principiarse el año 1558. De orden del gobernador i en conformidad al dictámen de sus letrados, se hizo la distribución de los solares, de las tierras i los indios de los contornos entre los pobladores recién llegados, desconociendo el derecho de los agraciados por Valdivia en 1550. Esta injusticia aumentó la mala disposición de los ánimos contra Hurtado de Mendoza.

En este tiempo comenzaron a escasear las provisiones en Cañete; el imperfecto cultivo de los indígenas apenas suministraba una escasa cantidad de granos. Hubo de pedirse socorro

(1) GÓNGORA MARMOLEJO, pág. 77.

(2) En abril de 1563 hubo que despoblarla por los ataques de los araucanos; pero el gobernador Rodrigo de Quiroga la restableció cerca del lugar que hoy ocupa la ciudad de Lebu. Nuevamente hostilizada, tuvo que abandonarse en febrero de 1569. El mismo Quiroga la hizo edificar en 1575 en su primitivo asiento, donde duró hasta 1602, después de la muerte de Oñez de Loyola. La última fundación en su planta actual se hizo el 12 de noviembre de 1868.

a Imperial i Valdivia, donde habian prosperado mucho las siembras de trigo i la crianza de cerdos. Salieron, pues, en busca de víveres los capitanes Miguel de Velasco i Avendaño para la primera de estas ciudades i Diego Garcia de Cáceres para la segunda, por mar.

Los vecinos de Imperial contribuyeron, como pago del impuesto real, con mil quinientos cerdos i gran número de cargas de granos i de galletas. El capitan Velasco i Avendaño se puso en marcha de regreso con este contingente de bastimentos, que cuidaban como veinte hombres de caballería.

Siguiendo el valle central i no el camino de la costa, mas lleno de rios i de tribus alzadas, trasmontó la serranía de Nahuelvuta para salir a la falda opuesta donde estaba Cañete, por el nacimiento del riachuelo Cuyucupil.

Sabian los belicosos habitantes de esta zona áspera i boscosa que por aquí tendría que pasar el convoi; resolvieron tenderle una emboscada. Calculándolo así el gobernador por cierta visita sospechosa de unos emisarios de paz que habian venido a la ciudad, determinó que saliera sigilosamente a encontrar a Velasco el capitan Reinoso con cien hombres.

En la mañana del 20 de enero las dos columnas se dieron la mano en el desfiladero de Cayucupil. Se practicaron algunos reconocimientos; nada indicaba la presencia del enemigo. Se continuó la marcha.

En estas serranías son comunes las cuestras largas i angostas, que tienen por un lado cerros altos i cuajados de árboles corpulentos i por otro una quebrada, lecho de riachuelo de ordinario, i cubierta completamente de arbustos i matorrales.

En uno de estos pasos estrechos se habian situado los indios, ocultos tras de los árboles i entre las aberturas que forman los arroyos que bajan de los cerros. Al enfrenar el convoi, prorrumpen los araucanos en su característico i terrible *avavan*, gritería de guerra, i lanzan millares de flechas, piedras i palos. Espántanse las bestias de carga, arremolínase el ganado i dispara hácia el monte. Tiran los soldados de sus espadas, enciéndense en ira sus ánimos; pero, confusos i embarazados, no consiguen poner a los bárbaros al alcance de sus armas.

En vez de rematar su victoria, se entregan éstos al saqueo

del botín, circunstancia que da tiempo a los de la quebrada para rehacerse i a Reinoso para encimar algunas alturas. Rómperse el fuego de los arcabuces i se precipitan algunos grupos sobre los indios, que, heridos muchos i muertos algunos, huyen por las montañas a sus guaridas.

Con una buena pérdida del cargamento i del ganado, llegaron, sin embargo, los dos oficiales en el mismo día a la población, donde el jeneral los recibió con tocatas de música i salvas de artillería.

Con esta série de golpes que sufrieron los araucanos, Hurtado de Mendoza se imaginó que, si no estaban vencidos, su fiereza guerrera quedaba domada por lo ménos.

Pensó entónces en espedicionar al sur. Su tropa se halagaba con la esperanza de hallar en aquella rejion lavaderos de oro, tierras e indios de que repartirse en encomiendas. Enardecia la imaginacion del jóven jeneral la idea de futuras conquistas que dieran lustre a su nombre i la de espulsar de las costas australes a los portugueses, pues suponía que unas embarcaciones que por allí andaban pertenecieran a éstos.

Encomendando primero el mando de Cañete i de una escasa guarnicion al capitan Reinoso, salió para el sur a fines de enero de 1558. Atravesó el paso de Lanahue i cayó a Puren, para seguir hasta Imperial.

Aun no había dado vuelta las espaldas don García cuando los indios de los contornos de Cañete se prepararon para continuar la guerra.

A su llegada a Imperial supo que amenazaban a Reinoso i despachó un destacamento de treinta hombres en su auxilio.

Llegó en momentos oportunos este refuerzo, porque el caviloso capitan había armado un lazo a los indios. Por intermedio de un yanacona, astuto e insinuante con los de su raza, les hizo creer que la hora mejor para atacar a los españoles era la de mediodía, cuando descuidados descansaban o dormían. Con vencidos de ello, atacaron un día el fuerte, cuando sus defensores, noticiados ya del ataque, los esperaban con las armas preparadas. Al enfrentar los asaltantes a las puertas de la fortificación, rompió la artillería un fuego repentino i mortífero que dejó montones de cadáveres en el suelo. Tras de esta primera

«rociada», vinieron otras no ménos certeras i a continuacion una acometida de la caballería que los acuchilló hasta una buena distancia (1).

Aun cuando los vencidos i castigados huyeron a ocultarse a la montaña, las tribus de los alrededores de la poblacion continuaron permanentemente armadas hostilizando a los del fuerte, quienes, por su parte, hacian frecuentes «campeadas» a las tierras enemigas.

Habia llegado la hora definitiva de seguir la espedicion a las rejiones desconocidas del sur, tan deseada por estos hombres en igual grado audaces como poseidos de la avaricia. Como era verano, pronto i sin ningún contratiempo llegó don García a Valdivia.

Despues de algunos dias de permanencia en esta ciudad, se desvió al noreste en direccion a Villarica, cuyos antiguos pobladores volvian ahora a reedificar la ciudad para seguir teniendo opcion a sus encomiendas. Detúvose en este lugar los dias indispensables para darse un corto descanso i tomar algunas medidas, i luego penetró resueltamente a la rejion de las selvas vírjenes i de los lagos.

Todas las probabilidades è indicios históricos están en favor de la aseveracion de que don Garcia buscó un camino por la base de los Andes, para rodear la costa oriental de los estensos receptáculos de agua que se suceden a partir del de Villarica hasta el golfo de Reloncaví.

Esta seccion meridional del pais se compone de colinas onduladas en el valle central i de tierras elevadas i fragosas hácia el lado de la cordillera, cuyos contrafuertes forman por aquí innumerables cuestras i quebradas profundas. Bajan del interior torrentes i rios angostos i de curso rápido, que pertenecen a las hoyas fluviales del Valdivia, del Bueno i del Maullin.

Las serranías del este se encuentran cubiertas de bosques impenetrables, que se elevan casi hasta el límite de las nieves perptuas. Entran en su composicion, en la zona mas baja, robles, coihues, lingues, laureles i canelos. Junto a los árboles gigantes-

(1) MARIÑO DE LOBERA, libro II, capítulo II. GÓNGORA MARMOLEJO, capítulo XVIII.

cos vive otra tupida vejetacion secundaria, en la cual abundan principalmente los coliguales (*chusquea coleu*) i las enredaderas de distintas clases, que se entrelazan unas con otras abajo i se estienden por las ramas arriba, formando bóvedas capichscas.

Estas selvas interminables suelen dejar claros sin árboles, que cubren de ordinario vegas pantanosas denominadas *ñadis*. Estos trechos, que constituyen un rasgo distintivo del territorio austral, son de turba tapada con yerba mui abundante.

Ahora mismo, cuando los trabajos del hombre i el tráfico han trazado algunos senderos, el viaje al traves de estos bosques i montañas presenta impedimentos que no siempre es posible superar. Cubren los moradores de estos lugares los pequeños pantanos con una hilera de palos que llaman *planchado*. El suelo arcilloso, que ha favorecido la formacion de bosques, lagos i *ñadis*, se reblandece con la lluvia. Se entierran i se hacen inútiles estos puentes primitivos i se ponen resbaladizas las cuestas.

Los árboles caidos interrumpen a cortas distancias los caminos estrechos, i la luz del dia dura ménos bajo ese ramaje inmenso, donde falta, ademas, la vida animada, de los animales, que pueden ser un recurso para el viajero.

Fácil es imaginarse lo penoso que seria para el ejército español esta marcha en que había que abrirse paso para las cabalgaduras i cargas pesadas con hachas i machetes, trepar cuestas, vadear rios i torrentes i atravesar pantanos i vegas.

Como en la mitad de febrero llegó a las orillas del lago Rupancho. Desde este punto la marcha se hizo en extremo dificultosa. La naturaleza, que se volvia mas agreste, les multiplicaba los inconvenientes a los espedicionarios, i los guías indijenas huían i los dejaban perdidos i sin otro medio de orientarse que la direccion del sol. Las lluvias frecuentes en esta latitud durante el verano, caian tambien con sus obligadas molestias en gruesos chaparrones.

Tropezaron en su tránsito con algunos salvajes que ponderaron la pobreza de las comarcas que se estendian al sur. Creyendo que con fines maliciosos les ocultaban la verdad, continuaron caminando i haciendo alarde de una constancia i de un sufrimiento dignos de admiracion. Torcieron el camino i se en-

traron por el lado occidental del lago Llanquihue, de donde avanzaron todavía algunas jornadas, mojados, llenos de lodo, desgarrados los cuerpos i los vestidos, hasta una altura que les presentó a la vista un magnífico espectáculo: cerca un risueño golfo i mas allá un archipiélago.

Arrodillanse i dirijen a Dios los mas entrañables agradecimientos. Llamaron a este archipiélago de la Cananea, por haberlo descubierto el dia de esta denominacion religiosa, segundo de la cuaresma o 24 de febrero de 1558.

Bajó con prontitud a la costa don Garcia, donde sus soldados que venian faltos de víveres ocurrieron para suplirlos a los frutos silvestres de este paraje. Adelantándose hasta la playa, los tuvieron de mejor calidad; pues los indígenas isleños, dando señales de voluntaria sumision, se pusieron al habla i en tratos con los recién llegados.

Despachó en seguida el jeneral en una piragua de los naturales un piquete de diez hombres, entre los cuales iba don Alonso de Ercilla, para que fueran a explorar las islas i las costas inmediatas, a las órdenes del licenciado Juan Gutiérrez de Altamirano.

En tres dias que duró esta exploracion, reconocieron algunas islas menores i la mayor de Chiloé, sin hallar paso por tierra para seguir el viaje hasta el estrecho, ni demostraciones de que el territorio ofreciera estímulo a la codicia de los castellanos.

Regresaron «al real» con estas noticias, que produjeron el desaliento en el ejército expedicionario. Ya no se pensó sino en dar la vuelta cuando ántes al norte.

Los obstáculos del camino los aterraban. Por suerte, en esta perplejidad se presentó un indio para guiarlos por otro de menos dificultades. Partieron por el valle central. Vadearon corrientes caudalosas i cruzaron *ñadis* i bosques hasta llegar a las márgenes del rio Rahue, llamado esa vez de las Canoas.

Pareciéndole a don Garcia ameno, fértil i poblado el lugar, que los indios nombraban *Chauracahuin*, fundó en él una ciudad que tituló *San Mateo de Osorno*, para perpetuar la memoria de su abuelo que poseia un condado con esta designacion en la provincia de Palencia. Era el mismo sitio en que Francisco de Villagran intentó establecer una poblacion con el nombre

de *Santa Marina de Gaete*, en honor de la esposa de Valdivia (1).

La ciudad se constituyó con ochenta vecinos i, según costumbre, con sus correspondientes encomiendas i ayuntamiento. Dejando en la comenzada población al licenciado Alonso de Ortiz, se adelantó hasta Valdivia.

Fué aquí donde llevó a efecto el mismo despojo que había hecho en Concepción, es decir, arrebató a los antiguos encomenderos sus propiedades, para favorecer a sus allegados, no ya a pretexto de que hubieran abandonado la ciudad, defendida por ellos hasta el último trance, sino valiéndose del espediente que Francisco de Villagran no tenía título real para espedir estas concesiones. Tuvieron los primeros conquistadores que entregar sus encomiendas, no sin gran dolor de ver pasar a ajenas manos el fruto de sus fatigas i no sin levantar protestas i acusaciones contra el espoliador.

A mediados de abril entraba de vuelta el ejército a las calles de Imperial. Encontráronse con la noticia de la coronación de Felipe II. Don García quiso que la proclamación del monarca se hiciera con toda solemnidad. Preparáronse al efecto fiestas

(1) *Chauracahuin* significa «murta de la fiesta»: *chaura*, es una clase de murta (*myrtus uñi*), i *cahuin*, fiesta o reunión. Osorno alcanzó a tener un regular caserío: edificios particulares, los conventos de San Francisco, de la Merced, de San Agustín i Santo Domingo; un hospital de los santos Cosme i Damían; el monasterio de Santa Clara, fundado en 1573 i trasladado después de la destrucción de la ciudad i en seguida a Santiago. Tenía, además, fábricas de paños i lienzos, establecidas en este mismo año, i una casa de moneda en que se acuñaba el afamado oro de Ponzuelo. Destruída en 1602, perdido su asiento entre el bosque i la maleza que la cubrieron, se repobló en 1792. Por reales cédulas de 1723, 1744 i 1750 se había ordenado su reconstrucción sin resultado alguno. Los caciques Ignuil, Catrihual i Carnihuan cedieron para su formación los terrenos que limitan los ríos Rahue, Bueno i Pilmaiquén. Se construyó un fuerte sobre la barranca del primero i se acogieron a su plano algunos moradores. El acta de repoblación no se espidió hasta el 13 de enero de 1796, año en que el presidente O'Higgins reunió en ella un vecindario de más de 600 personas, trabajo que le valió el título de marqués de Osorno con que lo agració la corte de España. Al principio dependió directamente del virrey del Perú hasta 1802. Durante la administración de don Manuel Montt se establecieron en ella i los campos vecinos los colonos alemanes.

públicas, entre las cuales tenían ciertamente principal cabida los torneos, especie de simulacro de combate que aun conservaban el espíritu caballeresco de la época i los hábitos de la guerra.

El espectáculo de este jénero que estaba en uso en Chile era el juego de cañas i sortijas. El primero, que se ejecutaba de a caballo, lo introdujeron los moros a España. Consistía en formarse diferentes cuadrillas de caballeros, segun la capacidad de la plaza, vestidos de distintos colores. En el brazo izquierdo llevaban la adarga con una inscripcion apropiada, i en el derecho, una manga ancha i lujosamente bordada. Las cuadrillas se dividian en número igual i por parejas encontradas salian corriendo, espada en mano, i ejecutaban diferentes figuras o movimientos para volver en seguida a su formacion respectiva. Terminada esta parte, se desprendia una cuadrilla con cañas de tres o cuatro varas i, a galope tendido, recorría la plaza, las lanzaba a cierta distancia al aire i se dirijía a otro grupo. Salíale éste a su vez al encuentro i arrojaba las cañas a sus contrarios, los cuales paraban el golpe con las adargas. De esta manera se iban embistiendo todas las cuadrillas.

Antes de principiar la fiesta entraban los padrinos a la plaza seguidos de muchos lacayos. Juntábanse en la mitad del palenque i se retiraban para entrar nuevamente con cargas de cañas. Situados en sus puestos, indicaban con los pañuelos el comienzo de la justa.

Vestíanse en ocasiones los caballeros a la morisca i a la castellana, i entónces el torneo era entre moros i cristianos.

«Correr sortija» se llamaba otro juego de ajilidad que se ejecutaba, como el anterior, de a caballo. Tenia ménos atractivo; pues solo consistía en asestar con una lanza en una sortija, como de una pulgada de diámetro, que se colocaba en la estremidad de un hierro colgado en una vara horizontal. Quedaba este pequeño blanco a tres o cuatro varas del suelo, i merecia el honor del premio el jinete que a la carrera sacaba en su lanza la argolla.

Demasiado presuntuoso don Garcia, que se reputaba el primero por su destreza en el manejo del caballo i de la lanza, se propuso lucir tambien su gallardía de justador en esta festivi-

dad. Salió, pues, de su casa por una puerta escusada, i con el rostro cubierto por la visera de su casco para no ser conocido, entró a la palestra. Marchaba en medio de los capitanes Alonso de Ercilla i Pedro de Olmos de Aguilera.

Un capitán sevillano llamado Juan de Pineda, que llegaba a lidiar como los demas, echó por petulancia su caballo entre los acompañantes del gobernador. Creyéndose provocado Ercilla, tira de su espada i se abalanza sobre Pineda, quién desenvainando la suya, arremete con igual furia.

Bastaba un grito de orden, una palabra siquiera del temido jeneral para detener el brazo i el ímpetu de los atolondrados; pero, como él lo era mas, empuñando la maza que colgaba del arzon de su silla, los embiste, ciego de ira, los insulta i golpea a Ercilla, que le tocó quedar a su alcance.

Huyen ámbos capitanes a refugiarse a una iglesia. Sin respetar este asilo, pocas veces violado por un pueblo que tenia tan escesiva veneracion por los templos, los hizo reducir a prision i los condenó a muerte, mandato que debia cumplirse al día siguiente.

Se encerró en su casa Hurtado de Mendoza para impedir los ruegos de perdon, i los frailes comenzaron a preparar a los presos para que muriesen como buenos cristianos. Sin embargo, pagando su deuda al espíritu galante i acaso vicioso del tiempo, don Garcia perdonó la vida a los dos capitanes por la intervencion de una dama de Imperial, segun consta del siguiente pasaje de su proceso de residencia: «e permitia e permitió que entrase dicha doncella de noche por una ventana, i estando encerrado en su casa, i habiendo mandado hacer justicia de don Alonso de Ercilla i don Juan de Pineda, por intercesion de la dicha doncella i otra mujer que fué con ella, lo dejó de hacer i se estuvo con ellas jugando toda la noche, estando los dichos caballeros confesándose para hacer justicia dellos» (1).

La pena de muerte fué conmutada en prision i destierro al Perú.

El gobernador pasó el invierno en Imperial dando descanso

(1) BARROS ARANA, tomo II, páj. 176.

a su tropa, ya que la estación no permitía otras operaciones militares.

Además, los indios se manifestaban, si no sometidos, tranquilos por lo ménos. En hostilidad franca se mantenían únicamente los de la costa.

Como supiera Alonso Reinoso, jefe de la guarnición de Cañete, que en una quebrada de los cerros de ese lado había un cuerpo de indios rebeldes que acaudillaba Caupolicán, ordenó que se hiciera por ahí una campeada, comisión que salió a desempeñar el capitán don Pedro de Velasco i Avendaño como hombre práctico en los accidentes de esta guerra.

En una noche oscura i lluviosa partió el capitán con su jente, por senderos intransitables a causa del agua, del lodo i los bosques. Al despuntar el alba estuvo a la vista de la ranchería indígena, que, con cautela i a pié, rodeó estratégicamente. A una señal suya, los españoles arremetieron, espada en mano i rodela al brazo. A las voces i rumor del ataque salieron los indios a la pelea; los primeros fueron muertos o heridos. Caupolicán esgrimía una maza con imponderable ardor i porfía. Un mestizo peruano llamado Juan de Villacastin, hiriéndolo en un brazo, hizo presa de él. Mientras que los hombres caían traspasados por las espadas, huían despavoridas las mujeres hácia el monte. Muchos indios se entregaron asimismo como prisioneros.

Pronto supieron los asaltantes que el cacique principal que acababan de tomar era Caupolicán, nombre que éste había ocultado al principio con maña (1).

El mismo día en la tarde volvía Avendaño a Cañete con el cacique cautivo i la noticia de su victoria; lo que produjo en el cuartel i en el vecindario una explosión de júbilo. El caudillo de los araucanos quedó inmediatamente condenado a muerte.

(1) ERCILLA i algunos cronistas cuentan que al huir la mujer de Caupolicán, Fresia, la alcanzaron los españoles i se vió obligada a revelar el nombre de su marido. Agregan que al ver preso a Caupolicán le reprochó su cobardía i arrojó al suelo a un hijo que llevaba en sus brazos. GÓNGORA MARMOLEJO no menciona este hecho. Por el conocimiento que tenemos del respeto ilimitado de la mujer araucana por su marido i de las reservas que guarda con los demás en lo que se relaciona con él, creemos que tal episodio fué una invención de la fantasía del poeta.

Demoróse la ejecucion de la pena capital miéntras Caupolican hacia devolver algunas prendas i armas que pertenecieron a Valdivia, pero como tardasen en llegar tales objetos, dió la órden Reinoso de ajusticiarlo.

Angústiase el alma al tener que reseñar el jénero de suplicio a que se condenó al jefe indio: a morir empalado, esto es, a que se le sentara en un palo aguzado que le desgarrase los intestinos.

Se le sacó a la plaza de la aldea. Muchos espectadores presenciaban la ejecucion. Caupolican sufrió la muerte con semblante taciturno i sombrío, no por valor especial sino en conformidad a la índole flemática, grave i silenciosa del indio; así habia recibido ántes el bautismo. Miéntras duraba este tormento, los indíjenas auxiliares lo acribillaron a flechazos.

Tal fué i tan atroz el fin de este guerrero bárbaro, que no contribuyó sino a esparcir la fama de la fiereza de los castellanos i a dificultar la conquista. Tal es tambien la figura real de un simple cacique de la tribu de Pilmaiquen, mas tenaz si se quiere, pero sin las condiciones fantásticas de jefe jeneral de los araucanos i de combinador de planes complicados que le atribuan los españoles i el autor de *La Araucana* (1).

El período de las batallas no habia concluido, como llegaron a imaginarse los españoles. Apénas pasó el invierno cuando los indios comenzaron a manifestarse en actitud amenazante contra la poblacion de Cañete. Reinoso tomó algunas medidas de seguridad i comunicó al gobernador sus temores de que iba a ser atacado próximamente.

(1) Hasta hace pocos años quedaban en Pilmaiquen algunos indios que se decian deudos de Caupolican. Uno de ellos era un cacique mui viejo llamado Polma.

El empalamiento debió presenciarlo tal vez Reinoso en la conquista de los países del norte, donde fué mas frecuente que en Chile (BARALT, *Historia de Venezuela*, tomo I). El primer léxico castellano define así este suplicio: «*Empalar*: Espetar á uno por un palo, como se espeta el ave en el affador. Es un género de castigo cruel y bárbaro, mui antiguo, con que fueron los Turcos y Moros quitar la vida á los Cautivos Christianos, y tambien lo usan otras Naciones. Es voz formada de la prepoficion En, y del nombre Palo (Real Academia, 1732).

Don Garcia destacó a toda prisa cincuenta hombres en auxilio de Reinoso, refuerzo que obligó a los indios a desistir del ataque, i él mismo se movió en seguida hácia Cañete a la cabeza de doscientos mas.

Se corrieron entónces los araucanos al norte i se atrincherron en Quiapo, equidistante como a 25 kilómetros de Arauco i Lebu, en un paraje orillado por un arroyo que cae al riachuelo de aquel nombre i junto a un cerro de mediana altura. Don Garcia los atacó el 14 de diciembre de 1558. Una division que dirigia él en persona inició la pelea de frente i otra que mandaba el capitán don Gonzalo Hernández de Buenos Años, de infantería principalmente, ejecutó un movimiento envolvente, para tomar al enemigo por la retaguardia.

Distraidos en defenderse de la fuerza que tenian delante, se dejaron rodear por la espalda. Así envueltos, aniquilados por el fuego de los arcabuces, tuvieron que huir en derrota, dejando en el campo muchos cadáveres i mas prisioneros. Dentro del fuerte que habian construido dejaron igualmente buena cantidad de víveres, arcabuces i cañones, armas de que se sirvieron un poco en la batalla, aunque con resultados, como se comprenderá, enteramente negativos en cuanto a puntería.

Refieren los cronistas que el terrible Reinoso hizo ahorcar, despues de esta funcion de guerra, setecientos indios, número que será sin duda exajerado (1).

El gobernador, como de ordinario, celebró la victoria con fiestas religiosas, i continuó al norte.

Con tan frecuentes i completas derrotas, los indios se tranquilizaron a firme al parecer.

Hurtado llegó al punto en que estuvo el fuerte de Arauco, que dispuso reconstruir con mayor amplitud. Dejó al cargo de esta fortaleza a Reinoso, que tenia ahora el título de maestre de campo en lugar de Remon. Habia partido éste al Perú disgustado con el trato acerbo i duro del jeneral.

Tan pronto como quedaron arreglados estos pormenores, don Garcia se encaminó a Concepcion.

(1) GÓNGORA MARMOLEJO, cap. XXX. MARIÑO DE LOBERA, libro II, capítulo XI.

A medida que cesaba de hervir la conmoción sangrienta de la conquista, los españoles comenzaron a preocuparse de lavaderos de oro i de encomiendas, es decir, se entregaron de nuevo a su afán de adquirir riquezas. Obedeciendo a esta aspiración, los encomenderos de la ciudad destruida de los Confines solicitaron su reconstrucción. El gobernador encargó esta comisión al capitán don Miguel de Velasco, quien salió a cumplirla al efecto con cuarenta soldados. La repobló en la comarca de Colhue a la márgen derecha del Renaico, i tuvo indistintamente los nombres de "Infantes de Angol" o "San Andrés de Angol".

Desde que se fundó esta población, comenzó a progresar con rapidez, tanto por el valer de los pobladores que se acercaron en ella, cuanto por las circunstancias peculiares de su suelo, uno de los más importantes del territorio araucano. Aquí fueron edificando sus casas las familias de su fundador Velasco, de los antiguos i renombrados capitanes Lorenzo Bernal de Mercado i Pedro Cortes Monroí, i de los encomenderos i moradores Gaspar Vergara, Francisco Fernández, Diego Medina, Nuño Hernández de Salomón i Rasura, Fernando de Ulloa, Diego de Mora, Martín Sotelo, el licenciado Peñas, Diego Díaz, Juan Negrete i otros.

De la amenidad de sus campos habla en estos términos un cronista: "Es este país uno de los más agradables, fértiles i deliciosos del reino, i de tan notables cualidades que no tiene que envidiar el más avaro deseo. Corre inmediato a la ciudad el río Tolpan (Renaico), ni de notables aguas para grande, ni de escasas para pequeño, i tan cristalino que se ve en el centro de raudales. Las rosas hallaron tan adecuado terreno en sus márgenes que por ocho o diez leguas se ven no discontinuadas; i es tan benéfico el río que son de muy fácil extracción sus aguas, pues para conveniencia del vecindario sacaron una copiosa acequia porque no hubiese campo ni casa que no gozasen de este beneficio, i permanece el día de hoy árido su cauce porque los indios cerraron la toma. El terreno es llano i de una grande extensión i crecido herbaje: por la parte oriental hai un moderado lomaje que allí previno la naturaleza, propísimo para la plantación de viñas.

"Los atractivos de su fecundo terreno i benigno temperamen-

to, hacian producir con perfecta madurez i abundancia las frutas i semillas europeas. El maderámen para construccion de casas lo tenian a competente distancia, de suerte que en su opulencia i amenidad se esmeró i desveló la fortuna» (1).

Al comenzar el año de 1560, cuando descansaba de sus pasadas fatigas en Concepcion el gobernador Hurtado de Mendoza, rodeado del escaso esplendor que en el pais le daban su puesto i su alcurnia, recibió una carta del rei don Felipe II, en que le ordenaba trasladarse a España i le comunicaba que lo reemplazaria Francisco de Villagran.

Se preparó a dar con resignacion entero cumplimiento a los despachos reales; pero en el fondo sentia una mal disimulada amargura contra una resolucion injusta i estemporánea.

Desde el año anterior circulaban rumores en Chile de que el virrei del Perú, marques de Cañete, habia perdido la confianza de la corte i que en su caida tendría que arrastrar a su hijo don Garcia, mal conceptuado por su juventud i sus atropellos ante el monarca, el cual, con estudiado desden, nunca contestaba sus cartas, hiriéndolo así en lo mas sensible de su alma, en el orgullo tradicional de su familia.

Hombre violento i caprichoso, no podia por cierto contar con las simpatías de la opinion pública. Se recordará la serie de vejámenes e injusticias que venia cometiendo desde que principió su gobierno. Pues bien, la altanería de su carácter no solo se manifestaba en las cosas importantes, sino que pasaba sobre todo miramiento i respeto hasta en las mas insignificantes i pueriles. Daba el tratamiento de *vos* hasta a los capitanes llenos de méritos i servicios, modo de hablar que en lo antiguo usaban los superiores con los subalternos.

Una vez el capitan Juan de Alvarado protestó de este tratamiento i le hizo notar que por su oríjen él merecia el de *vuesa merced*. Contra su costumbre, don Garcia toleró esta observacion; mas, como al día siguiente se le arrojara un anónimo a su pieza, en que se le reprochaba el poco tino para tratar a sus oficiales, se enfureció i quiso aplicar un castigo enérgico a Alvarado. Sin ninguna averiguacion, lo mandó tomar preso, i úni-

(1) CORDOBA I FIGUEROA, pág. 66.

